

«¿Por qué pintas flores?», pregunta la niña acercándose a su tía. «Las pinto para que no mueran».

LÁPICES DE COLORES

La casa azul es el lugar favorito de Isolda. Las paredes del jardín reflejan el cielo, y el agua de la gran fuente transmite una agradable sensación de frescor.

—¿Has traído tus lápices de colores? —pregunta tía Frida.

—Sí, como me dijiste —responde la pequeña mostrándole una caja.

—Siéntate aquí, a mi lado, y toma este cuaderno —indica la mujer señalando una silla que hay cerca de un arriate lleno de flores. La chiquilla arrastra el asiento y abre el cuaderno apoyándolo en sus piernas— ¿Ves qué bien? Ahora podremos pintar juntas.

Tía Frida moja el pincel en el color anaranjado y continúa con su trabajo. Se está retratando a ella misma; sin embargo, a Isolda no le parece que sea su tía quien mira desde el cuadro.

—¿Por qué te dibujas siempre tan seria?

—Es que no se me da bien perfilar sonrisas. Además, ¿te puedo confiar un secreto? —susurra— No me gustan mis dientes.

La niña deja escapar una risa cristalina mientras su tía saca la lengua haciendo una mueca divertida.

—¡Voy a dibujar dientes! ¡Muchos dientes!—decide la pequeña cogiendo el lápiz de color negro.

Isolda comienza pintando una boca grande. “¿Le pinto los labios rojos?”, piensa a la vez que busca el lápiz en la caja de cartón. “Sí, labios rojos, como los de tía Frida. Ahora... Ahora los dientes. A ver, tienen que ser cuadrados, pero no mucho. Más bien en forma de rectángulo y no muy grandes. Unos más pequeños que otros, eso sí. Y, ¡uy! Parece que están pegados los de arriba con los de abajo”.

—Uf, ¡no me sale! —protesta la pequeña agachando la cabeza.

La mujer, que hasta ese momento había estado concentrada en su lienzo, la mira girándose levemente.

—Bueno, yo no diría eso. Esa sonrisa de burra con los labios maquillados te ha salido perfecta.

Isolda levanta la cara y observa su dibujo. “Una burra con los labios maquillados”. La niña siente que una carcajada nace en su estómago y le sube por la garganta hasta escapársele por la boca. Tía Frida ríe con ella, y la alegría de ambas se confunde con el lejano gorgoteo de la fuente.

—No pasa nada, Isolda —la consuela su tía—. No es fácil dibujar sonrisas, y menos con dientes. Además, lo importante es disfrutar haciéndolo. ¿Sabes? Yo no siempre dibujo. Hay días en los que escribo. Las dos cosas me sirven.

—¿Para qué te sirven?

—Para ser yo —responde la mujer levantándose despacio y cogiendo a la pequeña de la mano—. ¿Quieres que vayamos a ver a Granizo?

—¡Sííí!

Tía Frida cojea bastante. Isolda, instintivamente, ralentiza sus pasos y, tarareando una canción que solo ellas conocen, se dirigen hacia el jardín grande, donde está la pirámide escalonada. El sonido del agua las va acercando al mágico mundo de la casa azul y, cuando el frescor de la fuente les llega en forma de minúsculas gotas que se funden con la brisa, Isolda suelta la mano de su tía y corre hacia la construcción. Seguidamente sube sus escalones, situándose en el lugar más alto.

—Soy la diosa maya Isolda—dice con voz grave y poniendo un gesto muy serio—. Soy poderosa y seré eterna.

Al pronunciar esas palabras la niña parece dudar, y baja con cuidado hasta llegar donde está su tía.

—¿Qué es ser eterna? —pregunta.

Tía Frida la mira en silencio, pero el trinar de los pájaros inunda el patio, acortando la espera.

—Ser eterna es no morir, Isolda.

—¿Como tus flores?

—Sí, como las flores que pinto, o las palabras que escribo.

—Y, si te pintas a ti misma, ¿tampoco mueres? —interroga la niña, ilusionada.

—Mientras alguien contemple mis pinturas o lea mis escritos, no. No, si alguien me recuerda.

Un hocico húmedo roza suavemente la mano de Isolda.

—¡Granizo!—grita la chiquilla abrazando al cervatillo— ¡Ya sé qué voy a hacer! Voy a dibujar a tus animales: a Granizo, a Caimito de Guayabal, al señor Xolotl... ¡A todos! Así ellos tampoco morirán.

Tía Frida sonríe con tristeza, acaricia al cachorro y se aleja torpemente, hasta llegar a sentarse en el primer escalón de la pirámide de color arcilla.

—Creo que no me he explicado bien. Ven, acércate. O, mejor, corre al otro jardín y trae tu caja de lápices de colores.

Isolda besa al cervatillo y, dando una corta carrera, llega al patio pequeño. Los lápices de madera la esperan en una de las sillas. La niña los guarda ordenadamente y, sin demorarse más, regresa junto a su tía.

El pequeño ciervo ya no está. Siempre pasa igual, aparece y desaparece como si en vez de un animal, fuese parte del encantamiento de aquella casa.

—¡Qué rápida eres, Isolda! A ver, préstame tus lápices —pide la mujer alargando su mano coloreada por los tintes—. Te voy a contar la historia de un lápiz.

La pequeña se sienta a su lado, maravillada, y escucha atenta.

—Había una vez un lápiz que nació de la madera de un árbol y de un mineral llamado grafito, que es la parte con la que escribimos o dibujamos —explica tía Frida—. Este lápiz, un día, cobró vida, ya que alguien decidió utilizarlo. Dibujó un sol, y sintió sus rayos calentándole. Luego pintó un bosque, y olió su frescor. Más tarde garabateó un mar, y se bañó jugando con sus olas.

Una mañana, el lápiz fue utilizado para escribir sus primeras letras, descubriendo así el alcance de su don. Comprendió que podía hacer muchas cosas, y redactó historias a las que acompañó de dibujos. Compuso canciones de amor y, no mucho después, nanas para bebés a los que les costaba dormir. Coloreó imágenes y trazó formas, números, más letras... Hasta que el lápiz, de tanto usarse, se quedó tan pequeño que no pudo continuar y tuvo que retirarse a descansar para siempre.

La niña mira a su tía con los ojos brillantes, rogando sin hablar un final feliz para el cuento. Tía Frida sonríe, comprendiendo su tristeza.

—No, Isolda, el lápiz no volvió a pintar. Pero sus dibujos y sus palabras continuaron vivos para siempre. Todas sus historias quedaron grabadas en papeles y en la memoria de quienes las leyeron, y sus ilustraciones fueron disfrutadas por muchas miradas curiosas; de esa forma, el lápiz fue eterno, ya que parte de él continúa viviendo.

—No entiendo bien —murmura la pequeña—. El lápiz ya no está.

—Pero sí todo lo que hizo. Como seguirá estando, si la guardas bien, tu sonrisa de burra.

—Sí, será eterna —asegura la chiquilla recobrando el entusiasmo—. Entonces, ¿nosotras somos como los lápices?

—¡Eso es! Vamos escribiendo y dibujando nuestra historia, y la vivimos con la gente que nos rodea: nuestra familia, nuestros amigos y amigas, y todas las personas que encontramos a lo largo de nuestra vida. Y los recuerdos que dejamos en ellas, son los que nos hacen eternos.

—Como cuando sea mayor y recuerde el cuento del lápiz que me acabas de contar, ¿verdad?

—Así es, Isolda. Esa historia no morirá mientras la recuerdes, y si la vas compartiendo con más gente, será eterna.

—Está bien, tía Frida, ¿sabes qué voy a hacer? —pregunta la pequeña, ilusionada— Voy a ser como el lápiz. Escribiré una historia sobre la casa azul, y os dibujaré a ti y a tus animales. Explicaré que pintas cuadros y que eres la mejor tía que pude soñar. Así seremos eternas.

—Claro que sí. Seremos eternas, Isolda.

La mujer se apoya en el escalón para levantarse, mira a su sobrina con cariño y la coge de la mano para regresar al jardín pequeño. El hechizo de la casa azul las envuelve, y el gorgoteo del agua de la fuente les alegra el corazón. Los pájaros trinan cantándole al sol, y las flores perfuman el aire en tanto algunos de sus pétalos, acunados por el viento, lo visten de colores.

La risa de la niña resuena en el jardín y, traviesa, se esconde en el azul de las paredes que resguardan la casa. Mientras, el cervatillo pasea entre los árboles y plantas. Su pelaje brilla reflejando el amor y la inocencia de la que se alimenta su alma, que ahora está saciada gracias al cariño de una chiquilla de sonrisa eterna.